



Artículo: México bajo el signo de la continuidad y el cambio constante: sobre el impacto del ensayo político de Humboldt en la conciencia histórica mexicana

Autor(es): Covarrubias, José Enrique

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 61

Año: 2001

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Covarrubias, José Enrique. "México bajo el signo de la continuidad y el cambio constante: sobre el impacto del ensayo político de Humboldt en la conciencia histórica mexicana" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 61 (2001): p. 3-18. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3973>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ENSAYOS

México bajo el signo de la continuidad y el cambio constante. Sobre el impacto del *Ensayo político* de Humboldt en la conciencia histórica mexicana¹

José Enrique Covarrubias

Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Pocas aseveraciones son tan incuestionables como la de que el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, de Alejandro de Humboldt, constituye una fuente importante sobre la situación política, económica y social de México a finales del siglo XVIII. Publicado primeramente en francés entre 1808 y 1811 (edición en cuarto por Schoell, París),² el escrito no tardó en llamar la atención tanto de novohispanos como de extranjeros, por lo que su importancia fue reconocida desde el momento mismo en que vio la luz. El propio Humboldt resaltó el valor de su libro, de lo cual encontramos pruebas en el prólogo, particularmente en esas palabras suyas sobre el agrado con que el gobierno español veía sus indagaciones sobre el comercio, la industria y las manufacturas de Nueva España.³ Los beneficios gubernativos y administrativos del escrito no eran de despreciar, sostenía, pues los mismos funcionarios coloniales podrían leerlo con gran provecho.

Sin demeritar los juicios de Humboldt sobre los alcances de su escrito, justificado es asegurar que el gran impacto de la obra entre los mexicanos ha rebasado con mucho lo que se esperaba de un buen compendio de las realidades físicas y morales del país. No cabe abordar aquí todos los elogios y cuestionamientos dirigidos por los mexicanos de las diversas épocas al *Ensayo*. Desde este momento podemos concentrar la atención en un rasgo constante de la recepción mexicana del mismo, rasgo que fue señalado competentemente por Manuel Orozco y Berra hace más de un siglo: “ninguna persona medianamente instruida deja de consultar y de citar el libro, cuando se trata de comparaciones con lo

¹ El presente ensayo es una ampliación y profundización de lo expuesto en una conferencia dictada en abril de 2000, en el Recinto Juárez, Palacio Nacional, dentro del ciclo Los Grandes Libros de la Historia de México.

² Y acompañada de un *Atlas* con veinte mapas. La primera edición completa en español se publicó en París, en la Casa Rosa (1822), en traducción de Vicente González Arnao.

³ Como se sabe, el *Ensayo* fue una ampliación de las *Tablas geográfico-políticas*, manuscrito de tipo estadístico dejado por Humboldt en Nueva España al término de su estancia. Al respecto véase su *Ensayo*, p. 1, en la edición de Porrúa (México, 1978, “Sepan cuantos...”, 39), preparada por Juan A. Ortega y Medina. Esta misma edición será citada en adelante.

nuevo".⁴ Esta virtud de estimular la comparación entre lo nuevo y lo viejo, lo anacrónico y lo actual, se hizo sentir ya en sus primeros lectores mexicanos (aún novohispanos), tanto como que la crisis revolucionaria de 1810 había invalidado el cuadro humboldtiano de una Nueva España altamente productiva en lo económico y muy tranquila en lo político. Cada lector tenía que deslindar lo vigente de lo caduco, cuestión que lo remitía a su vez a la de la evolución futura del país, con lo que la perspectiva histórica ganaba una preponderancia notable. Cuando una década después el cambio se aceleró y un Estado independiente surgió donde antes había existido una colonia, la potenciación de la conciencia histórica por el *Ensayo* rindió frutos maduros, de los que pronto tendré oportunidad de hablar. Que todo este estímulo a la reflexión histórica es indisociable de las circunstancias de origen del *Ensayo*, conformadoras de una situación histórico-existencial muy parecida a la que vivirían varios historiadores mexicanos en épocas posteriores, constituye la tesis central de este escrito.⁵

Por no dejar el punto como un mero enunciado abstracto y general, retomo ya algunas de las primeras apreciaciones vertidas por mexicanos en torno al *Ensayo*:

Servando Teresa de Mier. En su *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac* (Londres, 1813) señala que Humboldt fue el último de los viajeros que pudieron constatar el constante relegamiento de los criollos por el gobierno español durante el periodo colonial.⁶ Lo presenta, pues, como el autor que cierra un ciclo de escritos críticos sobre la situación social de la Hispanoamérica colonial. Evidentemente, Mier se concibe a sí mismo como situado en un periodo distinto, caracterizado por la lucha irreductible de los americanos en favor de sus derechos legítimos.

Lorenzo de Zavala. Subraya en el *Ensayo histórico de las revoluciones de México* (París/Nueva York, 1831-1832) que el clásico escrito de Humboldt apareció cuando el país hispanoamericano estaba todavía "secuestrado" del mundo por el gobierno español, lo cual no ocurre más en el momento en que escribe.⁷ Tras referir lo anterior, Zavala menciona al abate De Pradt, de quien dice que no sólo ilustró a los jefes revolucionarios mexicanos sino que con-

⁴ *Apuntes para la historia de la geografía en México*, México, F. Díaz de León, 1881, p. 339.

⁵ Acaso pudiera señalarse que la reflexión anterior debía hacerse extensiva a la recepción de Humboldt en otros países hispanoamericanos recorridos por él durante su prolongado viaje por el Nuevo Mundo (1799-1804). Como para cuando el barón publicaba su extensa obra de viaje una parte de Sudamérica se encontraba ya en una crisis política inusitada, en concordancia con la misma metrópoli, la tesis del gran estímulo a la reflexión histórica tendría que incluir las páginas escritas por el viajero sobre aquellos países. No estará de más recordar, sin embargo, que ningún volumen suyo, salvo el *Ensayo político* sobre Cuba, se compara con el sistemático estudio del México colonial, por lo que la tesis aquí presentada adquiere su alcance más profundo en relación con este último país.

⁶ *Historia de la revolución de Nueva España, antiguamente Anáhuac* (publicada bajo el pseudónimo de José Guerra), Londres, Imp. de Guillermo Glendon, 1813, I, p. 275.

⁷ Empleo la edición de Manuel N. de la Vega (México, 1845), I, p. 79.

tribuyó con su misma pluma a la independencia del país. De Pradt habría iniciado así una nueva fase en cuanto al impacto de la literatura extranjera referida a México, de lo que resultaría que Humboldt quedaba ubicado en las postrimerías del periodo inmediato anterior.

José María Luis Mora. Su obra *México y sus revoluciones* (París, 1836) constituye el texto en que con mayor explicitud se afirma que la lectura del *Ensayo* de Humboldt pide un discernimiento entre lo vigente y lo caduco. Dice Mora que "México después de 1804 [fecha de estancia de Humboldt en Nueva España] ha sufrido cambios de mucho tamaño que han causado una variación total en su fisonomía moral y política, de manera que quien pretenda conocer esta nación por los rasgos con que la caracterizó Humboldt, incurrirá en graves errores que lo alejarán enteramente de la verdad".⁸

Los tres ejemplos mencionados bastan, pues, para avalar lo dicho sobre la reflexión inducida por el *Ensayo* respecto de lo permanente y lo fenecido. El haber surgido en una época de revoluciones y cambios políticos generalizados determinó que desde un principio las aproximaciones al texto estuvieran mediadas por esa conciencia de los cambios habidos en el intervalo. Existe otra perspectiva, sin embargo, desde la que el *Ensayo* se revela como obra surgida en tiempos de cambio profundo. Me refiero a la reestructuración de la temática científica que también caracterizó la coyuntura de origen del escrito. Desde este último punto de vista, el mismo ejercicio científico desplegado en el *Ensayo* ha estimulado y sigue estimulando el discernimiento de los factores de continuidad frente a los de cambio. No estará de más mencionar tres de estos últimos para señalar después dos aspectos importantes de continuidad, tras de lo cual se precisará ya, con base en ejemplos concretos, la forma en que algunos de los historiadores mexicanos han respondido a la interpelación histórica del escrito en cuestión.

No es difícil notar que en el *Ensayo* conviven corrientes anticuadas para su momento con otras que gozaban entonces de plena boga. Entre las que comenzaban a resultar anacrónicas a comienzos del siglo XIX se encontraba la geografía política dieciochesca, de la que Humboldt ha dejado ejemplos claros en el libro III del *Ensayo*. La descripción geográfica en cuestión era fundamentalmente topográfica, pues se concentraba en la ubicación de los lugares en el mapa político y administrativo, en la recopilación de las cifras de población, en la enumeración de los principales productos agrícolas e industriales de los territorios, así como en la relación de los monumentos e instituciones de mayor importancia en los sitios referidos. El famoso *Teatro americano* (México, 1746-1748), de José Antonio de Villaseñor, no está lejos de esta orientación estadística un tanto farragosa, cuyo representante más significativo en Europa parece haber sido A. F. Büsching, autor de importantes descripciones de Rusia hacia mediados del

⁸ José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*, París, Librería de Rosa, 1836, t. I, p. VII.

siglo XVIII. Aunque Humboldt no alteró esta tónica general de relación enunciativa y estadística, su incorporación sistemática del factor de la altitud, junto con la descripción paisajística incorporada a su relación de las intendencias novohispanas, constituyeron una innovación significativa al momento de aparecer. Su proceder remataba en una mejor y más rica tipología de paisajes que la habitual, lo que no sólo posibilitaba un marco más amplio y sugestivo de las noticias "político-geográficas", como se designaba a ese tipo de información estadística, sino asimismo una concepción más dinámica de los fenómenos naturales. La unidad orgánica de la naturaleza pasó a formar parte del nuevo concepto geográfico de paisaje.

Un segundo factor de cambio que hay que mencionar en el orden de las ideas se refiere al tratamiento de los aspectos económicos en el *Ensayo*. En su prólogo a la edición Porrúa de esta obra, Juan A. Ortega y Medina ha caracterizado a Humboldt como un convencido de las ventajas del principio del *laissez faire, laissez passer*, difundido ejemplarmente por Adam Smith en su clásico libro sobre *La riqueza de las naciones* (1776). La razón para sustentar esta tesis es que:

Coincide Humboldt con el apóstol del liberalismo económico no sólo en el *dejar hacer y pasar* típico de la doctrina, sino también en la bondad suprema acordada al orden natural como estimulante de las inclinaciones naturales del hombre. Este orden natural permite el libre juego de las naturales fuerzas dentro de la sociedad y se opone por lo tanto a las frustraciones e imperfecciones inherentes a las instituciones humanas estatales, gubernamentales o nacionales.⁹

En cuanto que el indisoluble vínculo hombre-naturaleza constituye el cimiento de todo el edificio intelectual humboldtiano, la apreciación de Ortega y Medina no puede ser calificada sino de exacta. En efecto, según el viajero sólo la naturaleza brindaba al hombre el paradigma de armonía profunda que le debía servir de norte en su desenvolvimiento individual y social. Sin embargo, ya en su manejo preciso de la información económica, Humboldt no se normó por los métodos de análisis difundidos por Smith y demás economistas liberales. De hecho, ni siquiera tomó posición clara ante los temas polémicos que en su momento ocupaban a los economistas.¹⁰ Por método se enfrascó más que nada en cuestiones estadísticas y en el apoyo cuantitativo imprescindible para determinar el rendimiento económico de Nueva España. Desde este punto de vista su posición parece un tanto ambigua, pues si por una parte deja ver un apego claro

⁹ Humboldt, *Ensayo*, p. XIII-XIV.

¹⁰ Al respecto consúltese la famosa *Historia del análisis económico*, de Joseph A. Schumpeter, sobre todo en las partes segunda y tercera de su primer volumen (México, Fondo de Cultura Económica, 1984, p. 145-465). Si se comparan las grandes discusiones teóricas de los economistas en la época de Humboldt con las apreciaciones de éste respecto de los fenómenos de la producción, distribución y consumo, pronto se ve que el viajero de ninguna manera pronuncia juicios relevantes. Su aportación consiste fundamentalmente en la recopilación y el ordenamiento de datos en función de su utilidad para la buena marcha del Estado.

al principio liberal de la libertad natural en su idea de la sociedad, por otra parte continúa adherido a una corriente previa de estudio económico: la aritmética política.¹¹ Quienes representaban esta corriente, originada en el siglo XVII, presumían de poder expresar en números aquello que convenía a los gobiernos en asuntos de economía, cuestión que otros sólo lograban mediante el recurso a razonamientos teóricos o filosóficos.¹² Cabe concluir, pues, que el constante recurso de Humboldt a la expresión numérica no sólo tenía que ver con su apego a la geografía política sino con sus ejercicios de aritmética política, modalidad que por entonces perdía fuerza ante el afán teorizante y doctrinario de los más afamados economistas de esos años. Al desfase constatado en lo geográfico por la convivencia de descripción topográfica tradicional y abordaje paisajístico moderno, corresponde, en lo económico, este empalme de aritmética política con concepción doctrinaria de tipo liberal.

Constatemos finalmente los amplios puntos de contacto entre el *Ensayo* y la mentalidad utilitaria de la época, aspecto en el que también encontramos una situación de desfase. Atribuir a Humboldt una mentalidad utilitaria se justifica en cuanto que entendía la felicidad pública como algo determinable mediante el cálculo empírico de los beneficios y desventajas, y esto sobre el supuesto de que debía afianzarse la conciencia de las convergencias entre interés particular y colectivo. Este talante utilitario asomaba ya en su misma investigación geográfica sobre Nueva España, y un ejemplo de ello lo tenemos en su continua evaluación de los productos del suelo en función de la utilidad. Las producciones agrícolas aparecen agrupadas en su obra bajo dos rubros: las coloniales, destinadas a satisfacer el afán de lujo de los europeos, y las útiles, idóneas para cubrir las necesidades básicas del pueblo y proporcionar la materia prima.¹³ Otra distinción similar la encontramos en su contraste entre metales preciosos y útiles, a partir del cual recuerda que el hierro, el plomo, el cobre, etcétera, constituyen una riqueza mucho más redituable que la enorme masa de metal precioso extraído de las minas.¹⁴ La gran novedad en este renglón reside, sin embargo, en su convencimiento de que el bienestar material no satisface plenamente al hombre, pues “la prosperidad física del colono no es la única cosa que suaviza o hace agradable su existencia intelectual y moral”.¹⁵ Resulta entonces que Humboldt asumió un ideal de perfeccionamiento humano que no se limitaba a la observancia razonable del cálculo utilitario o al aprovechamiento adecuado del medio geográfico. El viajero concebía una ciudadanía auténtica en la que no hubiera esa desigualdad u oposición de castas que tan penosamente había envenenado

¹¹ En el *Ensayo*, p. 93, Humboldt se presenta abiertamente como un autor que trata cuestiones de aritmética política.

¹² Schumpeter, *op. cit.*, p. 201-202, señala los orígenes y boga de la aritmética política en el siglo XVII, además de informar que Adam Smith no se identificó con esa corriente, de la que más bien desconfiaba.

¹³ *Ensayo*, p. 240-318.

¹⁴ *Ibidem*, p. 320.

¹⁵ *Ibidem*, p. 94.

el ambiente social de Hispanoamérica, donde tan crasamente faltaba el espíritu público y la superación del prejuicio como principio de sociabilidad.¹⁶ Un planteamiento como éste alejaba decisivamente a Humboldt de los utilitaristas más puros de su época (Bentham, Mill, Destutt de Tracy, etcétera), para quienes la ecuación de dolor y placer, temor y satisfacción, constituía el máximo principio regulador de la conducta humana. Humboldt reconoció la importancia del imperativo moral como sustento imprescindible de la vida pública.

Interesante es notar que la parte innovadora del pensamiento de Humboldt en estos tres aspectos lo ha situado en el lado "correcto" de la historia, por decirlo así, en cuanto que la parte novedosa de su ideario geográfico, económico y político contiene ya ciertos presupuestos básicos de los científicos posteriores. Los geógrafos modernos saben bien que una mera enumeración estadística no dice mucho si no se le relaciona con la organización humana por espacios y con las formas de articulación entre éstos, aspectos que Humboldt incluyó ya en sus estudios paisajísticos. En cuanto a los economistas, por muy útil y reveladora que éstos consideren la aproximación cuantitativa y econométrica, no por eso han dejado de asumir posiciones teóricas y doctrinarias sobre la intervención estatal y la libertad civil, la regulación y la desregulación de la economía, asuntos que han involucrado esa libertad natural tan cara al viajero. Finalmente, el principio utilitarista de un suministro adecuado de dolor y placer por la vía legislativa, piedra de toque de la reforma pública benthamiana, sólo en el campo de la criminología¹⁷ ha encontrado una aplicación unívoca, sin que ningún pensador social de importancia (salvo Wilfredo Pareto) haya vuelto a esgrimirlo como el fundamento de una teoría completa del bien público. En el *Ensayo* había ya los elementos para predecir la evolución en estos puntos, si bien un balance general obliga también a decir que Humboldt tendía más a combinar lo anacrónico con lo moderno, sacando provecho de ambas partes, que a erigirse en innovador decidido.

Veamos ahora dos aspectos en los que desde el principio no hubo desfase o confrontación ideológica, pues predominó un ajuste pleno entre las posiciones de Humboldt y las expectativas del medio político y científico respecto de una ciencia empírica e integral como la suya.

El primero tiene que ver con la elaboración de cartas geográficas, instrumento todavía indispensable el día de hoy para reconocer el estado del medio ambiente, prever los desastres naturales, calcular los costos de los caminos, mejorar la infraestructura material, encarar la guerra, etcétera. El mapa de Nueva España incluido por Humboldt en su *Atlas* constituyó un elemento invaluable para formular propuestas de reorganización jurisdiccional y administrativa, y de hecho ése

¹⁶ *Ibidem*, p. 95, incluye una reflexión clásica de Humboldt sobre esta cuestión: ante los estropicios de las divisiones de castas en Hispanoamérica, poco podrá un gobierno ilustrado para suscitar ciudadanos genuinos.

¹⁷ Es decir, de la disciplina enfrascada con la aplicación de castigos y penas ajustadas al daño ocasionado por los delitos.

era el tipo de utilidad que el barón veía en la impresión de dicha carta. Ese mapa sirvió de base para las cartas europeas hasta bien entrado el siglo XIX.¹⁸ Aunque en la actualidad muchas cartas empleadas cotidianamente en los servicios meteorológicos, de navegación, aeronáutica, etcétera, se realizan con técnicas distintas, la idea es esencialmente la misma y los fines prácticos con que Humboldt realizó muchas de las propias no han cambiado en lo sustancial.

El segundo aspecto se refiere al interés científico en la proyección espacial de las relaciones de poder e influencia política entre los Estados, asunto que aún es prioritario en el estudio de las relaciones internacionales. En la descripción de la provincia de la Nueva California incluida en el libro III del *Ensayo*, el viajero consideró esta franja del noroeste novohispano como una zona de interés estratégico para rusos, ingleses, franceses, españoles y norteamericanos. Asimismo en su libro I, dedicado al medio físico novohispano, Humboldt elucidó las ventajas orográficas de que Nueva España gozaba desde el punto de vista militar, así como la influencia política (relaciones de poder y comercio) que desde América se podría ejercer en países de otros continentes. Este tipo de interés, insisto, sigue hoy tan vigente como entonces, por más que las formas de armamento y estrategia militar se hayan transformado mucho en fechas recientes y den lugar a cálculos distintos en cuanto a los condicionamientos impuestos por el medio geográfico.

Ahora bien, si pocas obras por su circunstancia de origen y su contenido temático han estimulado tanto la conciencia histórica como el *Ensayo*, absurdo sería sorprendernos de que un historiador de las ideas haya visto en este libro la "única fuente trasegada en México".¹⁹ Lo que el historiador citado quiso resaltar con esto es la inexistencia de alguna generación de mexicanos que no se haya manifestado interesada o fascinada por este memorable escrito. Ejemplos patentes del todavía vigente y renovado interés en la obra de Humboldt son las diversas publicaciones del mismo en fechas recientes, así como la concurrida exposición "Alejandro de Humboldt en México", montada en la ciudad de México en 1997. Cada generación reinterpreta, pues, el *Ensayo* según los propios horizontes y expectativas, y en ello no se distinguen ciertamente de esos primeros lectores tan interesados en la actualidad del mismo.

Asentado lo anterior, procede pasar a una indagación más precisa sobre la manera en que el *Ensayo* ha contribuido a la formación de la conciencia histórica mexicana. Preciso es señalar que dicha conciencia se ha venido formando con recurso alternativo a dos fuentes principales. La primera es, desde luego, el propio *Ensayo* de Humboldt, cuya relevancia última, como he intentado mostrar, nunca ha quedado en un mero contenido informativo conforme a la fórmula de *as a matter of fact*. Su asimilación ha supuesto siempre reflexión, introspección, sentimiento empático. La segunda fuente se compone de las opiniones expresadas por mexicanos de generaciones previas en torno a esta obra, de lo que resulta que las

¹⁸ Orozco y Berra, *Apuntes*, p. 342.

¹⁹ Juan A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*, México, UNAM, 1960, p. 13-14.

diversas valoraciones del *Ensayo* han incorporado frecuentemente esas aprobaciones o desaprobaciones anteriores. De todo esto resulta un cuadro bastante variopinto de estímulos, derivados tanto de la lectura directa del texto como de las interpretaciones disponibles sobre el escrito. Planteado así el asunto, se antojaría suponer que el *Ensayo* ha generado muchas discusiones eruditas y pedantescas sobre las transformaciones de México y de la conciencia histórica de sus habitantes. No es el caso en nuestros principales historiadores, quienes muy lejos de moverse en esta tónica han interpretado el *Ensayo* más bien desde una situación dramática, dominados por la sensación de vivir o estar al borde de cambios profundos, tanto personales como nacionales. Los ejemplos tomados de las generaciones de la Independencia, del Porfiriato y de la Revolución mostrarán esto en toda su dimensión, además de permitir al lector una mejor comprensión de lo que al comienzo de este ensayo quise decir cuando me referí a una situación histórico-existencial que afectaría a los historiadores mexicanos interpelados por el *Ensayo*.

La generación de la Independencia

Enfrentados a la labor de reorganizar política y administrativamente su país tras la independencia, los mexicanos de esta generación tuvieron en el *Ensayo* una fuente de referencia básica, tanto como que era la más completa y sistemática recopilación de información geográfica y estadística que podía servir para este fin. Particular atención recibieron los asuntos estadísticos ventilados en la obra, y es de recalcar que, si bien no faltaba conciencia sobre las deficiencias y carencias en este aspecto, el *Ensayo* siguió siendo utilizado hasta mediados de siglo con fines oficiales o en función de proyectos públicos. El Congreso Constituyente de 1824 recurrió abiertamente a él, al tiempo que varios de los principales publicistas y autores de la época lo citaron en apoyo de sus propias reflexiones o como fuente de información muy autorizada.

Aunque el pensamiento de estos primeros autores está todavía muy marcado por la orientación utilitaria, pues comparten el interés de Humboldt en los resortes de la prosperidad material, no por ello dejan de compartir también la convicción de que la productividad económica no lo representa todo, así como de que atender a la cara moral del país (costumbres, mentalidad) importa mucho cuando se quiere explicar su situación. Constante en ellos es la idea de que un impedimento significativo al mayor desenvolvimiento económico de México ha sido la supervivencia de la falta de espíritu público. Dado que este defecto se entiende como una secuela de una situación colonial viciosa, estos mexicanos retoman unilateralmente la carga crítica de Humboldt para con el antiguo régimen español, sin considerar quizá como debieran los pasajes condenatorios de la población local como desinteresada en el bien público, situación que no se podía explicar por el mero pasado colonial. Mora no cae en dicha simplificación, pues aunque celebra la desaparición de las antiguas discriminaciones por el color

de la piel, no por ello deja de advertir que su lugar ha sido tomado por “mezquinos intereses de ambición y de venganzas privadas”.²⁰ Por su parte, Lorenzo de Zavala reconoce “una secreta desconfianza de cada hombre con respecto de los otros”.²¹ Este tipo de apreciaciones coincide con los señalamientos de Humboldt sobre el escaso espíritu público y la consecuente falta de una auténtica vida ciudadana. Los reconocimientos críticos de estos autores permiten concluir que esta sociabilidad cívica defectuosa les parece un factor de continuidad importante con el pasado colonial, en tanto que la desaparición de la estructura social de castas es evaluada como un elemento de cambio irreversible.

Otro aspecto que refleja una profunda receptividad de esta primera generación a los factores de cambio y continuidad se relaciona con el rango de México en el nuevo contexto internacional. Gran interés surge en estos autores respecto de las ventajas que la situación interoceánica del país puede reportar a éste en la reconfiguración actual de los nexos comerciales a nivel mundial. Juan Francisco de Azcárate y Tadeo Ortiz de Ayala, en respectivos proyectos de engrandecimiento nacional por la vía de la diplomacia (*Programa de política internacional, 1821-1822*)²² y del impulso a la colonización (*México considerado como nación independiente y libre, 1832*), manifiestan ese acusado interés en el alto rango geopolítico de la antigua joya de la Corona española, en situación de erigirse ahora en potencia continental o mundial.

Aunque las expresiones anteriores atestiguan la asimilación profunda del *Ensayo* en los autores que publicaron entre 1822 y 1836, ninguno de ellos aventura aún alguna afirmación general sobre el impacto del propio *Ensayo* en la historia de México, algo que nos permitiría ver hasta qué punto consideraron el libro mismo como un factor de cambio o continuidad en esa misma historia. Comprensible es esta situación, dado que el escrito de Humboldt les resultaba primordialmente interesante para la reorganización administrativa y política de México, tarea que asumieron sin dilación. La búsqueda de consideraciones puntuales tenía que ser más favorecida en un contexto como ése que la búsqueda de un balance sintético. No sorprenda, pues, que sólo en una obra tardía de los miembros de esta generación se haya formulado un primer juicio general sobre la manera en que el *Ensayo* había afectado la historia de México. Lucas Alamán ve en el impacto de este escrito una de las causas del extravío histórico en que finalmente ha terminado el país:

Sus observaciones [de Humboldt en el *Ensayo*] fueron no sólo astronómicas y físicas, sino también políticas y económicas [...] hicieron conocer esta importante posesión a la España misma, en la que no se tenía idea exacta de ella; [...] y a los mexicanos, quienes formaron un concepto extremadamente exagerado de la rique-

²⁰ Mora, *México y sus revoluciones...*, I, p. 130-131.

²¹ Zavala, *Ensayo histórico*, Nueva York, Elliot y Palmer, 1832, II, p. 285 y 287.

²² Programa que redactó el ya citado Azcárate junto con José Sánchez Enciso y el conde de Casa de Heras para ilustración de las autoridades de por entonces.

za de su patria, y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo.²³

Otro historiador que por sus intereses temáticos —aunque no por las fechas de su biografía— debe ser tomado como de la generación de la Independencia es el español mexicanizado Niceto de Zamacois, quien recalca el impacto del *Ensayo* en los mexicanos que vivieron los sucesos de 1821 a 1867. En su opinión el libro sentó un rasero para medir la objetividad y honestidad de los extranjeros que visitan y publican sobre México:

México ha tenido la desgracia de haber sido juzgado con desfavorable prevención por algunos escritores extranjeros, contrastando su proceder con el juicioso y recto del sabio viajero alemán Alejandro de Humboldt, que dejó en su excelente obra *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* un monumento digno que eternizará su nombre.²⁴

Así, el prestigio de Humboldt ha aumentado desde que el país se ha visto envuelto en conflictos relacionados con intereses extranjeros. Como extranjero íntegro y bien intencionado, Humboldt se vuelve el contrapeso ideal del “mal extranjero”, egoísta y mendaz, dispuesto a difamar a todo un país con tal de defender intereses turbios o de alimentar la propia arrogancia. Lo más significativo de estos autores, acuñadores de juicios generales sobre el significado histórico del *Ensayo*, es que escriben con la conciencia de estar inmersos en un cambio de épocas, tal como había sido el caso de Humboldt y sus lectores al aparecer el *Ensayo*. Alamán, en su condición de superviviente de la generación que hizo y vivió la independencia, se empeña en desmitificar el proceso independentista, sobre todo ahora que una nueva generación ha empezado a participar en la política; Zamacois, el hombre de bien que presenció y se dolió por el amargo fracaso de Maximiliano, no ignora la cancelación definitiva de cualquier intento monárquico similar para las décadas subsecuentes. De todas maneras, y quizá precisamente por esa clara conciencia de los fracasos en la historia, la lectura de estos dos historiadores debió de despertar, como la de Humboldt, una convicción profunda respecto del carácter inexorable del transcurrir humano.

La generación porfiriana

Una personalidad definida ante todo por su afán de conocimiento y apego a la ciencia, como Humboldt, no podía pasar inadvertida en un medio intelectual y político exaltador de los principios científicos positivistas y de un sociologismo

²³ Lucas Alamán, *Historia de México*, México, Jus, 1986, I, p. 96 (el original es de 1849, impreso en México). Orozco y Berra, *Apuntes...*, p. 339, expresa su desacuerdo con este juicio de Alamán, aunque no lo cita expresamente como autor del mismo.

²⁴ Lucas Alamán, *Historia de Méjico*, Barcelona/México, J. F. Parres y Compañía, 1882, XVIII, p. 771.

que de manera ubicua se imponía a finales de siglo. Desde el punto de vista administrativo, el *Ensayo* no tenía ya mucho que decir a quienes vivían en el régimen que había logrado restablecer las atribuciones del Estado en el orden de los servicios públicos y de la tranquilidad social, además de haber creado la infraestructura estadística para la buena gestión gubernamental. Gobernantes e intelectuales acomodados con el régimen se concebían como impulsores de una nueva etapa histórica, bajo vislumbres de un nuevo estado social, toda vez que las guerras civiles y los conflictos con el clero parecían haber quedado definitivamente atrás.

Quizá la mejor manera de caracterizar sumariamente la curiosidad despertada entonces por el escrito consista en referir los comentarios de Justo Sierra sobre Humboldt en su *México: su evolución social*, redactados en fechas bastante tardías del porfiriato (ca. 1900-1902). Uno de los grandes intelectuales del periodo se decide a ofrecer una interpretación general de la historia de México desde el relativo conformismo social y moral que sustenta al régimen de Díaz. Lo que a Sierra más interesa del *Ensayo* es, además de su supuesto impulso a la creencia en una riqueza inagotable del país, su análisis de la situación social del virreinato, que para las fechas de Humboldt se tornaba explosiva por las frecuentes conspiraciones apenas mitigadas por el arzobispo virrey Lizana. En Sierra se cumple la tesis del preponderante estímulo ejercido por el *Ensayo* sobre la conciencia histórica mexicana, pues este autor recalca la supuesta percepción por Humboldt de las fuerzas que anunciaban ya un cambio histórico de grandes dimensiones. Las apreciaciones del viajero sobre el auge científico novohispano también revelarían, según Sierra, una conciencia aguda sobre los cambios intelectuales que por entonces ocurrían en Nueva España:

Humboldt señaló los esfuerzos recientemente hechos para hacer subir el crecimiento intelectual de la Nueva España; si en los seminarios y antiguos colegios de jesuitas, dirigidos por el clero secular, continuaba la fábrica de clérigos y abogados, por medio de la más rutinera e indigente de las enseñanzas, con un programa de cursos científicos deplorable, lo que iba a acarrear al país el inmenso mal de ser dirigido más tarde por hombres de educación puramente literaria (los abogados), en cambio la instrucción científica [...] era notablemente avanzada. Habló también con gran encomio de la educación artística y de la Academia de las Bellas Artes.²⁵

No se puede desconocer aquí, desde luego, la importancia del interés pedagógico de Sierra al pronunciar este desdén tan positivista sobre “la educación puramente literaria”, la cual Humboldt apreciaba, por cierto, cuando daba frutos consistentes.²⁶ Resulta difícil creer que el viajero hubiera admitido esta en-

²⁵ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano*, México, Porrúa, 1986, p. 101 (“Sepan cuantos...”, 515) Se trata de extractos de *México: su evolución social*.

²⁶ Patente, por ejemplo, en el aprecio que mostró de una obra como la *Historia antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero.

tronización y absolutización de la cultura científica como suficiente para dar felicidad y prosperidad a los novohispanos. En aquel pasaje ya multicitado, relativo a la falta de genuina sociabilidad pública que reinaba en la América española, el barón había reconocido que un europeo sensible trasladado a esas tierras no se saciaría con la cultura científica que ahí pudiera desarrollar. No hallaría una vida agradable sino recogiendo en sí mismo, pues el aislamiento y la soledad le parecerían preferibles a la alternativa de adoptar las formas de vida prevaletentes.²⁷ En vista de estas expresiones, es claro que la lectura de Sierra es bastante parcial. Sus apreciaciones no hacen justicia a la importancia que Humboldt concedía al desarrollo de las costumbres, efecto directo de la cultura moral individual, como indicador supremo del desarrollo civilizatorio.

Sierra termina lo relativo a Humboldt con la afirmación de que en el México retratado por el viajero "todo era paz, tranquilidad y prosperidad en la apariencia; todo corrientes fervorosas de ideas y anhelos y aspiraciones nuevas en el fondo social",²⁸ y no es de descartar que, pese a las apariencias en contrario, aquí subyazca otra aproximación al *Ensayo* bajo la acusada conciencia de las coyunturas que favorecen los grandes cambios. Como se sabe, el gran mensaje del libro de Sierra es que la contribución decisiva de Porfirio Díaz a la historia de México ha consistido en encauzar las fuerzas sociales del cambio en una forma creativa y política,²⁹ y de alguna manera parece intuir la incubación de una transformación más súbita y profunda que la habida mediante la sabia gestión política y administrativa de Díaz, con lo que el futuro se torna un interrogante: "Pero México tiene confianza en ese [su] porvenir, como en su estrella el presidente; y cree que, realizada sin temor posible de que se altere y desvanezca la condición suprema de la paz, todo vendrá luego, vendrá a su hora. ¡Que no se equivoque!"³⁰

El interés despertado por el *Ensayo* para buscar en él percepciones históricas que ilustren sobre el propio momento y las posibilidades de la irrupción de una nueva época queda así confirmado, para la generación porfiriana, en uno de sus pensadores más connotados e influyentes. En su caso era natural que la cuestión del orden público y la prosperidad dominara su interés al contemplar la Nueva España presentada por Humboldt. Pero su conocimiento de los sucesos de la crisis final del virreinato le debió de sugerir que el auge de esa cultura científica ("no puramente literaria") exaltada por el viajero y la apariencia de calma social profunda no eliminaban la posibilidad de los cambios violentos

²⁷ *Ensayo*, p. 95.

²⁸ Sierra, *op. cit.*

²⁹ Véanse los triunfalistas comentarios de Sierra en cuanto a la transformación social operada en México durante el porfirato (*ibidem*, p. 283): "si comparamos la situación de México precisamente en el instante en que se abrió el paréntesis de su evolución política y el momento actual, habrá que convenir, y en esto nos anticipamos con firme seguridad al fallo de nuestros pósteros, en que la transformación ha sido sorprendente".

³⁰ *Ibidem*, p. 282.

en México. Lo sucedido en 1910 le demostraría que una fachada de tranquilidad y prosperidad no aseguraba la existencia de una verdadera paz en los ánimos, como, según él, el viajero había podido comprobar precisamente un siglo antes.

La generación de la revolución del siglo XIX

Del panorama social del porfiriato referido por Sierra al del México revolucionario y revolucionado no son pocos los cambios que hay que constatar, tanto como que el antiguo dictador y una buena parte de la oligarquía cogobernante se han visto precisados a salir del país y aislarse del juego político. Desde el punto de vista de la historia del pensamiento cabe resaltar el interés surgido en uno de los más importantes historiadores mexicanos respecto de la figura y obra de Humboldt en la América española. Se trata de Carlos Pereyra, el famoso patriarca de la historiografía conservadora del siglo XX, quien hacia la segunda década del siglo XX publicó su libro *Humboldt en América*, lo cual tuvo que suceder en España por motivos de exilio. El impacto del *Ensayo* en el sentido de agudizar la conciencia histórica fue muy elocuente en su caso, además de haber ocurrido a un nivel más profundo que en cualquiera de los autores previos. La lectura de Humboldt, y muy particularmente del *Ensayo*, desencadenó un genuino cambio de rumbo intelectual en Pereyra, que se convirtió desde entonces en un exaltador profundo de la cultura hispánica.

Como se sabe, la producción historiográfica de Pereyra es importante porque marca el fin de los parámetros positivistas que habían prevalecido durante el porfiriato, parámetros que habían normado al propio Pereyra en sus primeras obras de investigación histórica. Pues bien, según nos dice Ortega y Medina,³¹ el estudio de Pereyra sobre Humboldt es la obra que más palpablemente muestra el abandono total de los principios positivistas por parte del historiador, y en este vuelco de Pereyra a una modalidad idealista y sublime del quehacer historiográfico la misma personalidad de Humboldt vino a cobrar una importancia fundamental. "El Humboldt de Pereyra —asegura—³² es ideal; el hombre que el propio historiador hubiese querido ser; héroe desinteresado, donador generoso de obras e ideas; héroe modesto, enemigo de los pedestales y de los disfraces consagrados". Aunque de ninguna manera revolucionario, puesto que ha tenido que alejarse precisamente del México de los caudillos, Pereyra exhibe en su tratamiento de Humboldt el mismo tono reivindicador de las raíces culturales que en el país hispanoamericano venían imponiendo las nuevas autoridades, aunque en su caso no hay concordancia con el énfasis indigenista oficial. Su intención última no es una reivindicación nacionalista de lo mexicano sino de

³¹ J. A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*, p. 146.

³² *Ibidem*.

la hispanidad en general, y esto bajo un abordaje de tipo cultural. El historiador se inspira en el espíritu justiciero exhibido por Humboldt al refutar las calumnias que muchos europeos habían difundido respecto de la América española, proceder que, según Pereyra, todavía campea en el Viejo Mundo al momento de escribir.

El interés y el programa de estudio relativos a “la obra de España en América”, característicos de la última etapa de Pereyra, fueron pues impulsados por su lectura de Humboldt. Pero esta “conversión” humboldtiana de Pereyra, transformadora de su filosofía histórica e inspiradora de metas personales, no se limita en sus efectos a una rectificación de la idea de la historia en general y de sus métodos de investigación. Nunca antes se había recalcado tanto la necesidad de una re-visión histórica de la América española, y en esto Humboldt importó sobremanera no sólo como importante transmisor de información —aunque en tal condición se le siguiera considerando importante— sino ante todo como intérprete espiritual e incluso poético de lo hispanoamericano. El reclamo de Pereyra de que se relejera y reeditara la obra de Humboldt en español encontró eco en Vito Alessio Robles, quien en 1941 emprendió una nueva edición del *Ensayo*. Se trata seguramente de la reedición más socorrida antes de la citada de Ortega y Medina. La novedad de la percepción de Humboldt por Pereyra ocasionó que esta obra ganara más atención en el medio académico, con lo que el sabio entró de lleno en el recinto de los grandes historiadores de la América española.

En Pereyra se reconocen los motivos de quienes en fechas previas habían tenido en el *Ensayo* una fuente primordial de inspiración para expresar la conciencia histórica mexicana, si bien él lo hace extensivo a toda la América española. Retoma la cuestión apuntada por Alamán, esto es, la importancia de Humboldt como un difusor de la idea de que Hispanoamérica constituye una entidad de gran riqueza. Sin embargo, Pereyra escudriña en lo profundo de las ideas del viajero y pone de manifiesto que la verdadera copia detectada por él no era fundamentalmente material sino cultural y de herencia histórica. De igual manera está presente la imagen de Humboldt como modelo del buen extranjero, aquel que por su conducta y capacidad comprensiva se debe convertir en el ejemplo de los demás forasteros que estudian y difunden las realidades hispanoamericanas. Tampoco deja de reaparecer, finalmente, la apreciación de Sierra sobre un Humboldt exaltador de la tradición científica, con el añadido de que Pereyra no toma las ciencias exactas, tan caras a los positivistas, como las del mejor legado de Humboldt. No, la del viajero fue ante todo una sabiduría cultural, histórica y política. Por retomar las percepciones previas sobre Humboldt y darles un contenido estrictamente histórico, la obra de Pereyra ha transformado estas tres percepciones previas en categorías de conciencia histórica referidas al complejo hispanoamericano.

El comentario sobre la obra de Pereyra cierra este repaso breve de la recepción mexicana del *Ensayo*, con énfasis particular en su estimulación constante

de la conciencia histórica. A la luz de lo visto resulta imposible no preguntarse si la actual transformación experimentada por México fue presentada o prefigurada por algún estudioso inspirado por el clásico escrito de Humboldt. Preciso es recordar que para esta indagación debemos partir del gran logro de Carlos Pereyra en su definición del legado de Humboldt. Éste debe ser entendido como un verdadero imperativo de comprensión humana y no sólo como un notable estudio científico o un factor más entre los que han tenido impacto en la historia de México. Según Pereyra, no sólo deberíamos percibir o extasiarnos incluso ante la notable compenetración entre Humboldt e Hispanoamérica, sino reconocer la imposibilidad de no dejarse interpelar por el fenómeno y sentirnos impulsados a una revaloración del propio ser hispánico en la historia. Pues bien, desde este punto de vista el enriquecimiento de la conciencia histórica por el estímulo humboldtiano se ha concentrado en el último medio siglo en la contribución hispanoamericana a la notable empresa científica del viajero, con lo que se abandonó la estereotipada idea de una relación Humboldt-Hispanoamérica en la que el primero constituía una parte activa, descubridora, y la segunda una entidad enteramente inerte, cuyo sentido o destino era sólo el de ser descubierta. En obras como los colectivos *Ensayos sobre Humboldt, Humboldt y México* de José Miranda, el prólogo de Ortega y Medina a la edición aquí citada del *Ensayo* y demás estudios aparecidos en nuestro país hacia mediados del siglo XX se recalcó la gran deuda del sabio respecto del medio científico novohispano, aquel que le proporcionó una valiosa infraestructura institucional y un competente personal en condiciones de apoyarlo y satisfacer sus afanes de conocimiento.³³ La relación entre Humboldt y el mundo hispanoamericano se reveló como de interacción mutua y diálogo profundo, por lo que la idea de un “descubrimiento” o “redescubrimiento” del Nuevo Mundo por el sabio pasaba a ser una abstracción deficiente del surgimiento de las identidades históricas y del tipo de dinámica histórica relacionada con el hecho de ser americanos. El gran impulso para este desarrollo había venido, desde luego, de *La idea del descubrimiento de América* de Edmundo O’Gorman (1951), quien había asignado a Humboldt un lugar importante en la historia de las concepciones sobre América como el Nuevo Mundo.

El nuevo horizonte comprensivo transitó, pues, por la vía de una cierta desmitificación de Humboldt como héroe científico autosuficiente y descubridor de realidades histórico-geográficas, cuestión que contribuyó al replanteamiento mismo del concepto histórico del “descubrimiento de un Nuevo Mundo”. ¿Cómo relacionar estos pasos de la conciencia histórica con las ingentes transformaciones actuales que experimenta nuestro país? En mi opinión, lo fundamental es el carácter de desengaño que de manera creciente ha adquirido la conciencia de la transformación histórica, patente no sólo en el derrumbe de las

³³ Preciso es reconocer que la enorme deuda científica de Humboldt respecto de las realizaciones científicas novohispanas había sido ya resaltada por Orozco y Berra en sus citados *Apuntes*. Ahí califica el mapa de Humboldt como “resumen de los adelantamientos geográficos de la Colonia, la última expresión de lo que el gobierno y los habitantes de Nueva España habían ejecutado para conocer la topografía del país” (p. 341).

acariciadas utopías sociales gestadas en el siglo XIX sino en la misma complicación experimentada por la historiografía conforme la investigación histórica se ha profesionalizado y diversificado. La historiografía regional ha demolido la antigua certeza con que se hablaba de unidades nacionales compactas y recalcado la necesidad de atender a los desfases con que la diversidad espacial relativiza las transformaciones generales; el enfoque histórico-antropológico ha subrayado el carácter interactivo de la relación entre conquistador e indígena, colonizador y natural; la indagación de las formas discursivas ha problematizado la supuesta asepsia interpretativa del lenguaje para efectos de relato histórico, etcétera... El énfasis académico en lo comunicativo coincide con una intensificación notable de los intercambios internacionales y con lo que se presenta como un acortamiento inusitado de las distancias culturales, étnicas, geográficas, etcétera. Que una obra como el *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* fuera posible por la disposición de diálogo y la búsqueda desinteresada de la verdad por parte de Humboldt, y de quienes le prestaron el apoyo informativo necesario, bien puede dar pistas sobre la forma en que este escrito seguirá ejerciendo su permanente interpelación moral. Respecto de la pregunta sobre las nuevas categorías históricas que enriquecerán nuestra conciencia precisa como mexicanos, difícil se antoja responder en esto de manera categórica. El cuestionamiento inevitable sobre lo que quedará y desaparecerá del Antiguo Régimen de que comenzamos a alejarnos nos pone en la humboldtiana posición de afrontar un futuro abierto pero a la vez determinado por el pasado. Cabe esperar, sin embargo, que el *Ensayo* seguirá estimulando la indagación sobre la riqueza que la conciencia histórica debe representar para México, además de ser un recordatorio permanente sobre lo que aún nos toca hacer respecto de la situación social, el desarrollo de la ciencia y la necesidad de situarnos en el mundo desde la vertiente hispánica de la cultura occidental. □